

Haced á los demas lo que deseariais que hicieran con vosotros. Su córte estaba llena de cristianos, y se ha dicho que adoraba en secreto á Abraham y á Cristo, y que hasta pensaba en erigir un templo al Dios verdadero, si bien le habian respondido los oráculos que con esto haria que quedaran desiertos los demas templos. A ejemplo de los cristianos, y á quienes veia usar de este método para la eleccion de sus sacerdotes, publicaba el nombre de los gobernadores designados para las provincias, invitando á hablar libremente á los que tuvieran que depone algo en contra suya.

Necesitábase no ménos que un príncipe de tales prendas para dar realze al imperio, despues de cuarenta años de diferentes tiranías. Persuadidos los gobernadores de que el amor de los gobernados era el único medio de agradar á Alejandro, dejaron respirar á las provincias. Moderándose el lujo hizo disminuir el precio de los géneros y el interés del dinero, sin que por esto careciera el pueblo de larguezas ni de diversiones.

Faltaba curar la llaga más peligrosa, la indisciplina de los soldados, incapaces de aguantar ninguna especie de freno. Alejandro se granjeó su voluntad con liberalidades y aliviándoles de algunas obligaciones penosas, como la de llevar en las marchas su racion para diez y siete dias. Su lujo tuvo por objeto los caballos y las armas; sometiéndose en persona á las fatigas, visitaba á los enfermos, no dejaba ningun servicio en olvido ó sin recompensa, y decia que la conservacion de los soldados le ocupaba más que la suya propia, porque sobre ellos reposaba la seguridad del Estado. Pero, ¿cacia aplicar remedio á un mal tan inveterado?

Al fin, cansados los pretorianos de la virtud de su hechura, decian que Ulpiano, su prefecto, le aconsejaba que se mostrara rigoroso. Sublevándose, en fin, iracundos corrieron durante tres dias por las calles de Roma como si fuera una ciudad enemiga, prendiendo aquí y allá fuego, hasta el instante en que, habiéndose apoderado de Ulpiano, le asesinaron á la vista del emperador, cuya dulzura era impotente. Todo ministro fiel se veia amenazado con un fin de esta especie; pudo el historiador Dion salvar su vida, ocultándose en sus tierras de Campania. Imitaban las legiones el funesto ejemplo de los

pretorianos, y por todas partes estallaban rebeliones acompañadas del asesinato de los oficiales; señal inequívoca del que la indulgencia es impotente contra una licencia tan desenfrenada. En Antioquia promueve una sublevacion el castigo de algunos soldados que habian sorprendido algunas mujeres en el baño. Acto continuo sube Severo á su tribunal, y hace presente á la legion rebelde la necesidad de castigar el abuso y de mantener la disciplina, única salvaguardia del imperio. Le interrumpen gritos sediciosos y amenazas; no obstante prosigue de este modo: *Guardad esos gritos para el dia en que os encontréis al frente del enemigo. Ante vuestro emperador, de quien recibis trigo, vestidos, dinero, enmudeced, ó habré de llamaros ciudadanos y no soldados. Podeis arrancarme la vida, mas no infundirme susto; y la justicia vengará mi asesinato.* Continúan el tumulto y las vociferaciones, y exclama: *Ciudadanos, deponed las armas y retiraos á vuestros hogares.*

En otro tiempo habia apaciguado César una rebeldía con esta frase; á la sazón, produjo el mismo efecto. Confesando los soldados la justicia del castigo, se despojaron de todas las insignias militares, y se retiraron á las hospederías de la ciudad. Duró el castigo treinta dias, durante los cuales Severo mandó dar muerte á los tribunos culpables ó negligentes; luego reorganizó la legion, que ya continuó siempre leal y adicta.

Otros ejércitos se hallaban tambien trabajados por sus hábitos de desobediencia, ó por la ambicion de algunos jefes. Aspiraba al imperio el senador Orvinio Camilo; habiéndole hecho Alejandro prisionero, le dió gracias por quererle prestar ayuda, y nombrándole su colega, le señaló habitacion en palacio; principia da posteriormente la guerra, quiso tenerle consigo. Como vió que la marcha á pié le era muy penosa, le hizo montar á caballo, y no pudiendo soportar tampoco la fatiga del caballo, le facilitó un carro. Tanta bondad indujo á Camilo á entrar en meditaciones, y se humilló hasta el extremo de pedir que se le permitiera abdicar. Alejandro le aseguró que nada tenia que temer por su parte.

En su tiempo agitó una gran revolucion el reino de los partos y regeneró á la Persia. Cuan-

do á consecuencia de haber sido Vonones destronado quedó Artaban, rey Arsácida de la Media, dueño tranquilo de la Partiana, se hizo allí tirano. Eatonces sus súbditos, teniendo á la cabeza al ibero Mitridates, y encontrándose apoyados por Tiberio, le expulsaron y proclamaron en su lugar á Tiridato. Artaban tornó en breve; lanzado de nuevo, volvió á subir al trono y lo conservó, merced á su templanza, hasta que murió á los treinta años de reinado.

Entre sus siete hijos habia elegido por sucesor á Bardano, que derrocado y muerto en breve, fué reemplazado por Gotarso. Cansados de su rigor, pidieron los partos á Claudio que les diera por rey á Meherdato; pero vendido este príncipe por sus parciales, fué derrotado y cayó en poder de Gotarso, quien mandó que se le cortaran las orejas para insultar á los romanos.

Gotarso tuvo por sucesor á Vonones; entretanto Vologeso, invasor de la Armenia, despues de haber ocupado las dos principales ciudades, Artaxata y Tigranocerta, estableció por rey de la primera á Tiridato y de la Media á Pacoro, sus dos hermanos. Cuando aprovechándose posteriormente Domicio Corbulon de los extragos de una epidemia, expulsó á Tiridato, de improviso cayó Vologeso al frente de un numeroso ejército sobre los romanos y obtuvo algunas ventajas. Pero no queriendo empeñarse en una guerra general, envió á Roma á su hermano Tiridato para que recibiera la corona de manos de Neron. Alcanzola, como ya hemos dicho, y Vologeso quedó amigo de los romanos.

Artaban III, que le sucedió, favoreció al falso Neron por odio á Vespasiano; pero éste no juzgó prudente atacar á tan formidable enemigo.

Pacoro II, sucesor de Artaban, vivió en paz con los romanos; si bien Chosroes, su hermano y sucesor, encendió la guerra expulsando de la Armenia á Esadro, allí establecido por Trajano, y sustituyéndole su propio hijo Partamasiris. Trajano invadió súbito la Armenia, la redujo é hizo prisionero al nuevo soberano. En seguida se apoderó de la Mesopotamia, y aunque repellido muchas veces, cruzando al fin el Eufrates, llevó las águilas romanas á comarcas que nunca las habian visto. Ocupó la Caldea y la Asiria, tomó á Ctesifonte, capital de los partos, y

colocó en el trono á Partanaspato, príncipe de la real estirpe.

No bien murió Trajano, sacudieron los partos el yugo y volvieron á llamar á Chosroes que se habia retirado á Hircania. Pero deseoso de paz Adriano ó por envidia, cedió todas las conquistas de su predecesor más allá del Eufrates y soltó sin rescate á todos los prisioneros de guerra, entre cuyo número se contaba una hija de Chosroes; este príncipe profesó constante amistad á los romanos.

Bajo Vologeso II invadió una horda de escitas la Media, sometida á los partos, si bien, aceptando cuantiosos donativos, consintió en retirarse. Libre de temores por aquel lado, penetró el monarca en la Armenia, dando muerte á cuantos legionarios halló en su camino; derrotó al gobernador de Siria y marchó sobre Antioquia. El emperador Vero, ó más bien su ejército, le rechazó fuera de la Armenia y deshizo sus tropas repetidas veces, aun cuando estaba al frente de cuatrocientos mil hombres. En cuatro años recuperó el ejército de Roma las conquistas de Trajano, saqueó é incendió á Babilonia, á Ctesifonte y sus cercanías, pero la peste que contrajo en aquellos confines y llevó á Italia, hizo pagar á muy caro precio sus triunfos. Antonino consintió en restituir á Vologeso todas las provincias conquistadas en su tiempo, á condicion de que reconociera haberlas recibido del imperio.

Su sobrino Vologeso III, favoreciendo á Nigger, provocó la venganza de Severo, que habiéndose adelantado hasta Ctesifonte, tomó aquella capital por asalto; pero no bien habia repasado el Eufrates, recuperó Vologeso cuanto le habia pertenecido, á excepcion de la Mesopotamia. Roma debia comprender que no era posible conservar conquistas en comarcas tan distantes y fieles al nombre de los Arsácidas; pero quizá la hacia fuerza la necesidad de combatir á los partos, á fin de evitar sus irrupciones. Con este objeto no cesaba de atizar sus discordias, y excitó tambien contra Vologeso á su hermano Artaban, que á su muerte le sucedió en el trono. Bajo el reinado de este príncipe hizo Caracalla su desleal invasion, de que Artaban tomó venganza entrando en la Siria á sangre y fuego. Habiendo marchado en contra suya el emperador Macrino, sostuvo por espacio

de tres días una batalla de las más sangrientas, jurando pelear mientras quedara en pie un parto ó un romano; pero sabedor de que ya no existía Caracalla, consintió en pasar otra vez las fronteras, mediante la restitución de todos sus prisioneros y una indemnización por las pérdidas experimentadas.

Comprendían los estados de aquel Arsacida las provincias occidentales de la Persia, es decir, la mayor parte del Irak-Adjemi, del Aderbaidjan, del Irak-Arabia y de la Mesopotamia. Pero su último esfuerzo le había costado la flor y nata de sus guerreros, y el reino se hallaba debilitado. A pesar de verse vencidos y oprimidos los magos por los partos, jamás habían perdido la esperanza de restablecer el culto de Zoroastro, y nutrían esta esperanza con el espíritu de independencia vivo entre los persas. Exhalaban los vencidos el impotente estremecimiento de hombres débiles que están divididos; pero llegó el instante en que Artaxar trocó en voluntad sus deseos. Este oscuro persa, nacido del adulterio, si bien animado por predicciones astrológicas á lanzarse á las más peligrosas tentativas, impulsó á sus compatriotas á recuperar su perdida supremacía y á hacer revivir la gloria de Darío. Apenas tuvo el valor de la rebeldía, se vió secundado por todos los persas. Artaban, que marchó en contra suya, fué vencido en tres batallas por un ejército igual en número al que conducía, aunque inflamado por otro ardor muy diferente; cayendo prisionero en el último choque, fué sentenciado á la última pena. De este modo se hallaron los partos bajo la dependencia de un pueblo al que habían dado la ley en el curso de cuatrocientos setenta y cinco años. Sólo los sátrapas de la sangre de Arsacio se sostuvieron en la Armenia con el apoyo de los romanos, y más aún por su propio denuedo, de tal manera que alternativamente vencedores ó sometidos, aunque siempre recalcitrantes, permanecieron independientes hasta el tiempo de Justiniano.

Después de haber restaurado el estandarte de Ciro, tomó Artaxar la doble corona y el título de rey de reyes (*schah in schah*), y su primer cuidado fué reanimar el espíritu nacional con el auxilio de la antigua religión de Zoroastro, profanada durante la servidumbre. Llamó á los magos de todos los puntos del imperio,

para que se dedicaran á extirpar la idolatría, y reunió en un concilio general á las setenta sectas restantes de la distinta interpretación del Zendavesta. Cuéntase que se congregaron allí ochenta mil sacerdotes del fuego. Este número fué reducido á la mitad en un principio, después á cuatro mil, luego á cuatrocientos, á cuarenta, y por último á siete, los más venerados por su piedad y sabiduría. Entre ellos se contaba el santo jóven Esdarival, que habiendo bebido tres tragos de un vino somnífero, que le escanciaron sus hermanos, quedó sumergido en profundo sueño. Al despertar contó su viaje al cielo, así como las cosas que había visto y aprendido, y eran tales que se desvanecieron todas las dudas relativas al Zendavesta. Balk tornó á ser la sede del archimago, y la jerarquía sacerdotal se derivó por todas las provincias, viviendo con el producto de gran número de tierras y con el diezmo sobre los frutos y la industria. Vedóse cualquiera otro culto, cerráronse los templos de los partos y se derribaron las imágenes de sus deificados reyes; una terrible persecución exterminó á los herejes, á los hebreos y á los cristianos.

Restituido así el imperio á la unidad de creencia, tenía necesidad de una administración vigorosa y uniforme. Habían atribuido los Arsácidas hereditariamente á sus hijos y hermanos, las provincias y los empleos más importantes del reino. Llevaban el título de rey los diez y ocho sátrapas principales (*vitassi*). Casi independientes quedaban los bárbaros en sus montañas, así como la mayor parte de las ciudades griegas del Asia Superior, de modo que el imperio de los partos era más bien un sistema feudal que una monarquía.

A fin de abolir este sistema recorrió Artaxar las provincias al frente de un ejército poderoso, obligando á todos á rendirle homenaje, consolidando su autoridad donde quiera, de manera que desde entonces ya nadie se interpuso entre su persona y el pueblo. Así se vió único soberano de cuantos moraban entre el Eufrates, el Tigris, el Araxo, el Oxo, el Indo, el Mar Caspio y el Golfo Pérsico. También promulgó un código que duró tanto como la monarquía, á fin de asegurar al país una administración ilustrada y uniforme. *La autoridad de un príncipe*, decía aquel hábil conquistador, *debe ser protegida por*

la fuerza militar; ésta no se sostiene sino con los impuestos; los impuestos pesan en último resultado sobre la agricultura, y ésta no puede prosperar sino donde la protegen la moderación y la justicia.

Haciendo la guerra habían perdido los persas el fogoso ímpetu de un pueblo bárbaro, sin haberse perfeccionado en la estrategia de los griegos y de los romanos, y sin haber aprendido á atacar ni á defender las plazas fuertes. Se reducía la infantería á un tropel reunido un momento con la esperanza del botín, y supliendo con el número al valor y á la disciplina. Mujeres, eunucos, caballos, camellos, embarazaban las marchas y consumían víveres y forrajes. Pero la caballería era, como es actualmente, la más bella y mejor ejercitada del Oriente; componíase de la nobleza, que desde la niñez se habituaba á disparar el arco, á la templanza, á la sumisión, y recibía del rey los señoríos á cargo del servicio militar; así acudían todos desde el momento en que se les llamaba, y era terrible su primer acometida.

Con esta organización militar se mostró Artaxar amenazador para sus vecinos. No sólo quiso repelerlos de las comarcas que le estaban sometidas y formarse una frontera á su antojo, sino que también se propuso conquistar todo lo que había poseído Ciro, de quien pretendía ser sucesor. Sin miramientos á Alejandro Severo, cruzó el Eufrates y sujetó á muchas provincias. Entonces envió al emperador, que se adelantaba con sus tropas, cuatrocientos hombres de los más rebustos, quienes le hablaron de este modo: *El rey de reyes manda á los romanos y á su caudillo evacuar la Siria y el Asia Menor, y restituir á los persas el país aquende el Mar Egeo y el Ponto, poseídos por sus mayores.*

Por benigno que fuera Alejandro, se irritó de tanta arrogancia, y habiendo mandado despojar á aquellos enviados de sus galas todas las cosas que llevaban, los confinó á la Frigia; entrando en seguida en la Mesopotamia, la recuperó sin descargar un solo golpe. Sobrevino Artaxar con ciento veinte mil caballos, diez mil hombres de infantería pesada, mil ochocientos carros de guerra y setecientos elefantes; no por eso dejó de ser derrotado. Alejandro dividió su ejército en tres cuerpos, que invadieron la Partiena por diferentes puntos; este ataque bien combinado hu-

biera podido derrocar el poderío de los persas, si el ejército no se hubiera negado á avanzar, asesinando á sus oficiales. De vuelta en Roma, Alejandro (23 de Setiembre de 234) hizo al Senado un brillante relato de sus proezas, y triunfo sobre un carro tirado por cuatro elefantes; fué honrado con los sobrenombres de Pártico y de Pérsico; pero quedó la victoria por Artaxar, quien tornó á apoderarse de todas las conquistas de los romanos, y consolidó en quince años de reinado su poder naciente, hasta el punto de hacerse amenazador para la existencia del imperio de Roma.

Preparábase Alejandro á emprender de nuevo las hostilidades, cuando desistió de su propósito á consecuencia de haber pasado los germanos el Rhin y el Danubio. Acudiendo, pues, al Rhin, los repelió más allá de este río; mas fué detenido, no tanto por la timidez que le atribuye Herodiano, como por el desorden de sus tropas, que negándose á la fatiga y enemigas de toda disciplina, se irritaban de la rigidez con que castigaba las más leves faltas; además se indignaban de oír á los heraldos repetir de continuo durante las marchas su máxima favorita: *Proceded como queráis que procedan con vosotros.*

El godo Maximino, que mandaba un cuerpo de ponnonios, no se iba á la mano en anécdotas y chistes referentes á aquel emperador sirio, quien no obraba, según su dicho, sino con arreglo al capricho del Senado y de su madre; se hizo parciales, y acometió á Alejandro en su campamento cerca de Maguncia, donde le asesinó juntamente con Mammea; aún no tenía más que veintiseis años y medio. Mataron los soldados á sus asesinos, á escepción de su jefe. Pueblo y senadores lloraron al jóven emperador tanto como merecía, y el día de su nacimiento fué celebrado con una fiesta anual.

CAPITULO XIV

Desde Máximo á Claudio II.

Cuando á la vuelta de Oriente solemnizó el emperador Severo en la Tracia el nacimiento de su hijo Geta con juegos militares, se le presentó un mozo robusto implorando en bárbaro idioma tomar parte en la lucha. Su apostura anunciaba una enorme fuerza; á fin de que el